

LOS PECADOS SOCIALES

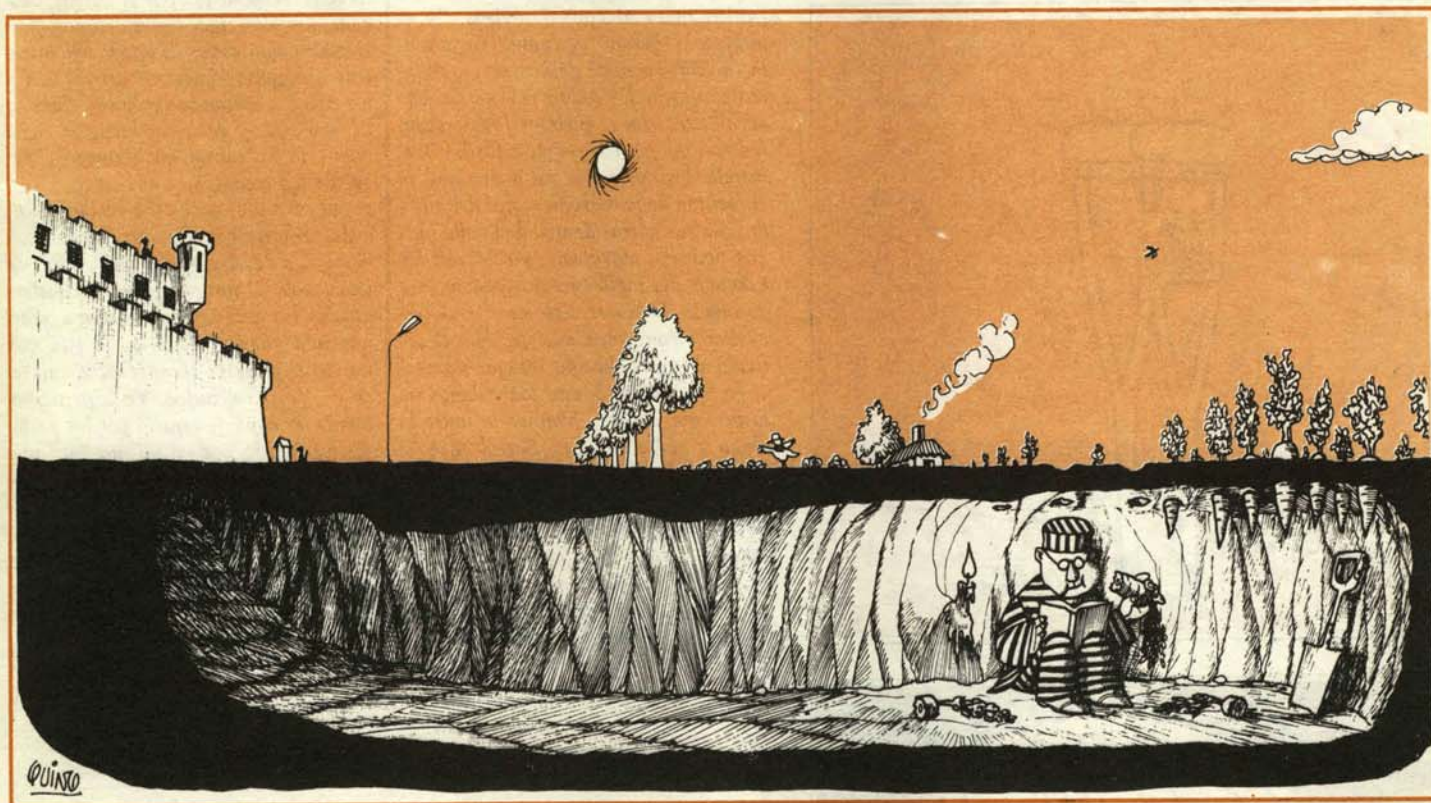
Según cuentan eso de confesarse los pecados ha venido bastante a menos. Antiguamente era muy bonito. Llegada la tarde del sábado uno se ponía pantalón bombacho, calcetines de rombos, camisa blanca y el flequillo con gomina y se iba en busca de un confesonario barroco de la parroquia y allí arrodillado y con las mejillas palpitantes vaciaba el interior de los pecados semanales. El negociado del bajo vientre se trabajaba mucho por aquel entonces. Porque entonces los pecados eran realmente pecados, como debe ser, contra la carne, frutos de la soledad de la postguerra. Y el infierno como un socavón de ayuntamiento al que podías caer al menor descuido. Atentar contra el sexto mandamiento tenía un doble riesgo: podías volverte tuberculoso en vida e irte al infierno al morir. Aquello era vivir peligrosamente y no esa gaita de los fascistas. Pero

siempre había a mano un confesonario, un oscuro quiosquillo de buena caoba que te solucionaba el problema. Luego salías a la plaza, respirabas hondo en gracia de Dios, te fumabas un cigarrillo de anisete y vuelta a empezar. Aquello era bonito.

Según dicen los que saben ahora resulta que ya no hay clientela porque al parecer ya nadie peca contra la carne. Ha habido por tanto necesidad de cambiar el sistema y aplicarse a la ruda tarea de descubrir pecados nuevos. Ahora nada de enfrentarte de tú a tú a través de la rejilla con un cura de Cuenca con sotana de merino. Ahora la grey se congrega en colectividad, se musita un padrenuestro de contricción, se recibe un hisopazo a modo de perdón general y listos. Ahora nada de pecados calientes contra la carne (¿cuántas veces, hijo mío?, ¿sólo o en

compañía?, ¿casada o soltera?) sino el descubrimiento de los pecados sociales casi todos adscritos al ministerio de trabajo.

Ahora te puedes ir al infierno por pasarte un semáforo en rojo, por negarte a pagar la extraordinaria de Navidad, por defraudar al Fisco, por manipular la báscula, por vender jamón de York adulterado, por contaminar un río truchero, por no llevar reglado el tubo de escape, por darle una patada al bedel, por no atender una letra de cambio. Puestos así uno sugeriría para coger más clientela que se tipificara como pecado mortal el no ser demócrata, el querer echarse al monte a la mínima, el pensar que no estamos preparados para la libertad, el creer que el español necesita mano dura, el no ser partidario del sufragio universal, el nombrar los cargos a dedo y el no ser amigo de la Unesco. Habría cola. ■ VICENT.



TEMAS FILOSOFICOS

YA hemos cantado, en otros pergaminos, las heroicas virtudes de las asociaciones. Hoy vamos a discurrir acerca de sus defectos. Y el primero que veo es el de un desmedido afán por engrosar los diversos (será al microscopio) grupos, con objeto de que, llegada la fase de las manifestaciones callejeras en masa y con pancartas, abunde la gente al respecto, o como se diga, y los observadores extranjeros vean que mi asociación, por ejemplo, es más nutrida que las otras. Esto conducirá al ayuntamiento insaciable, no en el sentido de la Casa de la Villa, sino en el sexual, y siempre bajo el slogan «Tengamos hijos para la asociación», o bien «Un hijo, aunque sea subnormal, un voto», y esto porque tampoco hace falta ir a estudiar a



Salamanca para echar una papeleta en la urna, creo yo. Claro que los subnormales siempre andan pidiendo asambleas libres, pero, en fin, este no es el tema de hoy. Ya trataremos cada cosa respectivamente, o como se diga. No olvidemos, por otra parte, que este es el Año Inter-

EL ARDOR ASOCIACIONISTA PUEDE LLEVARNOS A LA SUPERPOBLACION

nacional de la Mujer, que hasta ahora había sido Local, y que o cumple uno con su asociación, o lo echan de la asociación y de la cama a patadas. Pienso que la orden de los líderes no se hará esperar y que los electores de cada asociación se pondrán disciplinadamente a engendrar

electores, como auténticos fieras, casi en plan electrónico y convulsivo, al estilo lepórico. Y aquí no va a caber una aguja dentro de unos años. ¿Está nuestra economía planteada para esa sobrecarga de consumidores? Esta es la pregunta al respectivo, o como se diga. Porque un elector asociacionista puede ser todo lo ideológico que se quiera, pero las ideologías no se comen. Tendrá que consumir lo mismo que los abstencionistas, vulgo canalla despolitizada, o sea, patatas, carne de falda congelada, fruta contaminada por los insecticidas, leche deslechada y agua mineral con una calavera y dos tibias en la etiqueta de la botella. Algo habrá que hacer. Porque si encima vienen los emigrantes...—DON MELQUIADES.